

CENTROAMERICANA

20

Cattedra di Lingua e Letterature Ispanoamericane

Università Cattolica del Sacro Cuore

2011



CENTROAMERICANA

Direttore

DANTE LIANO

Segreteria:

Simona Galbusera
Dipartimento di Scienze Linguistiche
e Letterature Straniere
Università Cattolica del Sacro Cuore
Via Necchi 9 – 20123 Milano
Italy
Tel. 0039 02 7234 2920
Fax 0039 02 7234 3667
E-mail: dip.linguestraniere@unicatt.it

La pubblicazione di questo volume ha ricevuto il contributo finanziario dell'Università Cattolica sulla base di una valutazione dei risultati della ricerca in essa espressa.

Comité Científico

Arturo Arias (University of Texas at Austin)
Dante Barrientos Tecún (Université de Provence)
Giuseppe Bellini (Università degli Studi di Milano)
Beatriz Cortez (California State University – Northridge)
Dante Liano (Università Cattolica del Sacro Cuore)
Werner Mackenbach (Universität Potsdam)
Marie-Louise Ollé (Université Toulouse II)
Alexandra Ortiz-Wallner (Freie Universität Berlin)
Emilia Perassi (Università degli Studi di Milano)
Silvana Serafin (Università degli Studi di Udine)
José Carlos Rovira Soler (Universidad de Alicante)
Michèle Soriano (Université Toulouse II)

Dei giudizi espressi sono responsabili gli autori degli articoli.

Sito internet della rivista: www.educatt.it/libri/centroamericana

© 2011 **EDUCatt** - Ente per il Diritto allo Studio Universitario dell'Università Cattolica
Largo Gemelli 1, 20123 Milano - tel. 02.7234.22.35 - fax 02.80.53.215
e-mail: editoriale.dsu@educatt.it (produzione); librario.dsu@educatt.it (distribuzione)
web: www.educatt.it/libri
ISBN: 978-88-8311-848-7

YO, EL PROTAGONISTA

La autoficción en una novela de Rodrigo Rey Rosa

ARTURO MONTERROSO

El 17 de junio de 2005 se produjo una explosión en un polvorín militar situado en las afueras de la ciudad de Guatemala. Un delegado de la Procuraduría de los Derechos Humanos (PDH) que visitó el lugar – un conjunto de edificios de la policía donde se encontraba el depósito de municiones¹ – descubrió accidentalmente una enorme cantidad de documentos en un lamentable estado de deterioro. Los papeles, que pertenecían al archivo de la Policía Nacional de Guatemala (antes de ser disuelta tras la firma de los Acuerdos de Paz, en 1996), contradecían a las autoridades, quienes siempre negaron la existencia de un registro de tal naturaleza. Amontonados en las habitaciones húmedas y oscuras de un edificio en franco abandono, esos documentos podían contener datos invaluable sobre los largos años de represión en el país. Según los cálculos del Proyecto de la Recuperación del Archivo (la autoridad que posteriormente se hizo cargo de la investigación) y un estimado de Human Rights Data Analysis Group (HRDAG)², podría tratarse de 80 millones de expedientes. Esta cantidad incluye, además de los encontrados en el complejo de la Policía Nacional, los que la PDH rescató después en otros sitios del interior de la república.

¹ Allí tienen su sede la Academia de la Policía Nacional Civil, el Servicio de desactivación de explosivos, un centro de investigaciones criminales, la escuela de perros y un depósito de vehículos accidentados.

² Según un artículo de la página electrónica de esta organización que coopera para preservar los documentos: A. HARRISON, “Proyecto de Recuperación del Archivo Histórico de la Policía Nacional”, *The Benetech Initiative*, 2001, en: http://www.hrdag.org/about/guatemala-police_arch_project_spanish.shtml. Consultado el 26 de marzo de 2011.

Era natural pensar que en esos cuartos, invadidos por las cucarachas y las ratas, los investigadores del Archivo – cuyo contenido se había ocultado por tanto tiempo – podrían averiguar cuál había sido el destino de un sinnúmero de secuestrados y desaparecidos durante la guerra sucia; un conflicto de más de treinta años que dejó cerca de doscientos mil muertos. Sin embargo, en ese caos de papeles, carpetas y cuadernos había documentos fechados desde las últimas décadas del siglo XIX. Y registraba toda una manera de hacer de los regímenes dictatoriales; de los gobiernos conservadores y de los liberales (incluso los de la década democrática 1944-1954) hasta nuestros días; sin olvidar, claro está, los tiempos sombríos y sanguinarios de los militares. En ese lugar, conocido como “La isla”³, estaba acumulado un siglo de nuestra historia de iniquidad. Más allá del interés por el conocimiento, la verdad y la justicia, el Archivo era un tesoro de información para quien quisiera indagar en los espectros de la condición humana. Y quizá averiguar cuáles son los mecanismos que ponen en movimiento los engranajes de la represión, la tortura y el asesinato.

Y aquí es donde entra en escena el escritor guatemalteco Rodrigo Rey Rosa. Un día va al Archivo, quizá impulsado por las dimensiones y el significado del descubrimiento, o movido por un golpe interior que lo impele a la búsqueda de respuestas. Sin una idea muy clara de qué hacer con el conocimiento que va a adquirir en el depósito de la Policía – en esas habitaciones que guardan el trabajo de los escribas del infierno –, quiere averiguar acerca de los intelectuales y los artistas que fueron investigados por la policía durante el siglo XX. También encontrar los nombres de colaboradores e informantes. Sin

³ El cineasta alemán, Uli Stelzner produjo un impactante documental llamado, precisamente, *La isla*, que trata sobre el archivo de la Policía Nacional y algunos casos de desaparecidos. En una reciente entrevista (*La Revista del Diario de Centro América*, 25 de marzo de 2011), Stelzner afirma que más de 20,000 personas han visto su película sólo en Guatemala. El interés por conocer la parte oscura de esos años no ha disminuido entre los guatemaltecos, sobre todo ahora cuando se puede hablar con cierta libertad acerca de la guerra. Y, quizá, porque el temor de los ciudadanos está más relacionado con la delincuencia común que con la época de la represión político-ideológica.

embargo, el jefe del Proyecto de Recuperación del Archivo le informa que clasificar los documentos les llevará unos quince años⁴. De manera que conseguir datos puntuales no será fácil. Así que Rey Rosa deambula por el edificio – como un turista incómodo, según sus propias palabras –, se detiene a observar fichas, cartulinas y fotografías, y su interés se dispersa. Luego descubre el nombre del encargado del Gabinete de Identificación, Benedicto Tun, un individuo que fundó dicha dependencia y que trabajó allí entre 1922 y 1970, toda una vida. Intrigado por la personalidad del identificador y por las fichas que va encontrando, decide que “La isla” le ofrece un objeto de estudio que podría explicarse por medio de la ficción. Este es el origen de *El material humano*, una novela cuyas raíces son la autobiografía y la realidad brutal de un hecho sin precedentes.

Es posible que Rey Rosa haya pensado, como Paul Theroux, que no era suficiente escribir sus experiencias personales, aunque fuera sólo una especie de pincelada autobiográfica sobre un momento de su vida. Y que estaba bien como punto de partida pero que debía ir más allá de un recuento de memorias para ganar el interés del lector (¿deberíamos recordar a Marcel Proust y el encuentro consigo mismo en su larguísima novela, *En busca del tiempo perdido*?). Esta parece ser la intención de haber apuntado una frase del todo sugerente y, al mismo tiempo, ambigua, al principio de *El material humano*: “Aunque no lo parezca, aunque no quiera parecerlo, ésta es una obra de ficción”. Theroux afirma – en un ensayo⁵ publicado en *el Periódico* de Guatemala – que tiene la impresión de que para algunos autores (William Faulkner, John Steinbeck y Saul Bellow, entre otros) escribir su autobiografía “sería algo demasiado bajo”. Y, citando a la escritora británica, Rebecca West,

⁴ Según el artículo de la HRDAG citado antes, los más de 200 trabajadores del archivo que limpian, clasifican y registran en imágenes los papeles, apenas habían escaneado dos millones y medio de documentos y dos mil libros para abril de 2007.

⁵ “La historia de mi vida”, *el Periódico*, Guatemala, 20 de marzo de 2011, pp. 2-3 (en el suplemento cultural *el Acordeón*). *el Periódico* toma un fragmento del ensayo que puede encontrarse completo en la revista del Smithsonian, publicado en enero de 2011: P. THEROUX, “The Trouble With Autobiography”, 2001, en: <http://www.smithsonianmag.com/arts-culture/The-Trouble-With-Autobiography.html>. Consultado el 26 de marzo de 2011.

agrega que no se puede “creer en lo que las personas dicen de sí mismas”. Todo lo que hay que saber de esta autora (quien quizá alguna vez tuvo una relación amorosa con Charles Chaplin – he ahí la penumbra entre la invención y la memoria – y fue una feminista militante) puede encontrarse en su novela sobre Yugoslavia: *Black Lamb and Gray Falcon*. Esto lo dice Theroux⁶, quien piensa que las cosas que podrían interesar de sí mismo están en sus libros de viajes, o en ese compendio de memorias que es *Sir Vidia’s Shadow*, dedicado a la escabrosa personalidad de V.S. Naipaul y en la que el autor gringo no se retrata de manera complaciente. En fin, la biografía presenta riesgos que no tiene la novela. Pero, ¿puede uno partir de un hecho de su propia vida y, en determinado momento, continuar el relato incorporando elementos de ficción? Sin ninguna duda. Siempre se ha hecho, aunque hasta hace algunas décadas esta manera de construir una historia se haya reconocido como un género aparte.

Desde que en 1977 Serge Doubrovsky acuñó el término “autoficción” como un género híbrido, a medio camino entre la biografía y la ficción, abrió una puerta cuya libertad deja pocas restricciones. Ser el protagonista de la propia novela resulta, sin duda, sumamente atractivo. Pero la “ficcionalización” de la propia realidad exige un ejercicio transformador por medio del lenguaje, la creatividad y la imaginación. De manera que de lo banal y cotidiano de la vida de cualquier persona que no tenga algo interesante que contar, resulte una pieza literaria que vaya más allá de la novelita íntima, las anécdotas de domingo por la tarde y los libros de memorias, que no interesan sino a las personas que aman a sus autores con absoluta determinación. Según el *blog* español, *Autoficción*⁷, esta categoría “es una forma de discurso ficticio que narra historias auténticas aunque tal vez no verídicas. Es decir, una ficción basada en hechos reales en la que el autor no duda en involucrar hasta su nombre propio para proponer un pacto de lectura que imite los principios del pacto autobiográfico al mismo tiempo que los subvierte”. A mí todo esto me suena a oxímoron, a pura anfibología. Quizá es más clara la siguiente

⁶ Excepto la información que aparece dentro del paréntesis.

⁷ www.autoficcion.es. Consultado el 26 de marzo de 2011.

aseveración que encontré en el mismo *blog*: “...un tipo de narrativa en la que el autor presta su nombre propio a un doble de ficción, su personaje. De este modo, parecería que el autor nos está ofreciendo un relato autobiográfico pero, al mismo tiempo, nos avisa de que no nos tomemos sus confesiones en serio pues su libro no es más que una novela”.

Si escarbamos en la historia, podríamos pensar que la autoficción es un pariente lejano del género clásico de la lírica. No porque se trate de poesía sino porque satisface el deseo de expresar lo que sentimos y de contemplarnos a nosotros mismos, según Hegel y la teoría romántica de los géneros⁸. Ya sabemos que el género, como criterio de clasificación de la literatura, caracteriza a la lírica como “la modalidad enunciativa, realizada en primera persona, y por el predominio de la función emotiva y expresiva” del autor⁹. “...lo peculiar de la lírica es la enunciación, no la narración ni la descripción, sin embargo, no excluye estos modos o causas discursivos” aunque subordinados a la propia subjetividad del poeta. Bueno, uno podría concluir – para no darle más vueltas al asunto – que este relativamente nuevo género (es un decir, como hemos visto ya tiene varias décadas de incursionar en la literatura) no se trata sino de un trabajo que mezcla hechos de la vida del autor y la imaginación. Vivimos en un tiempo en el que la fusión entre diferentes categorías adquiere relevancia. Y empieza a gustarnos. O siempre nos ha gustado. Como en la música. Ya desde la segunda mitad del siglo pasado, Jacques Loussier nos sorprendió con *El libro de Bach* y las *Gymnopédies* de Satie, interpretados a través del *swing* del jazz. Así que nada hay de sorprendente en la fusión de distintas categorías literarias. Sin embargo, no quiero seguir teorizando acerca de la autoficción¹⁰, en cuya génesis y desarrollo no tengo un interés que sea impostergable, y que hasta aquí he tratado de

⁸ G.W.F. HEGEL, *Lecciones de estética*, Suhrkamp, Barcelona 1989, citado por D. ESTÉBANEZ CALDERÓN, *Diccionario de términos literarios*, Alianza, Madrid 1996, p. 469.

⁹ ESTÉBANEZ, pp. 471-472.

¹⁰ Pese a ello, quizá convendría averiguar a qué conclusiones llegó el II Coloquio Internacional, “Escrituras del yo”, celebrado en agosto de 2010 en la Universidad Nacional de Rosario, en Argentina.

manera empírica y bastante ligera, quizá porque me aburren los discursos sesudos, sobre todo si suenan a ponencia académica de congreso literario.

Volvamos, pues, a *El material humano*. Decía – antes de la digresión que me llevó a Theroux, a Doubrovsky, al *blog* de la *Autoficción*, a Hegel, a Estébanez Calderón y a Jacques Loussier – que Rey Rosa va al depósito donde se amontonan los documentos del Archivo de la Policía Nacional. Y que allí descubre el nombre del bachiller Benedicto Tun, quien dirigió el Gabinete de Identificación hasta 1970. También descubre unas cartulinas amarillentas que son las fichas que el identificador había guardado celosamente hasta que los regímenes represivos ocultaron el archivo. Hasta aquí parece que el autor recoge datos para escribir un reportaje o un testimonio, que luego organizará creativamente para su libro pero dentro de los límites de la realidad. Sobre todo porque la información relacionada con los papeles de la Policía Nacional es verosímil, si uno toma como referencia lo publicado en los medios. Y el escritor nos deja creer que anota en un cuaderno entradas de un diario personal, junto a los documentos clasificados en los penumbrosos escritorios de los investigadores. Hay curiosidades y contradicciones, como en la primera ficha que Rey Rosa toma para su novela:

Aguilar Elías León. Nace en 1921. Moreno, delgado, cabello negro liso; dedo pulgar del pie derecho, fáltale la mitad. Fichado en 1948 por criticar al Supremo Gobierno de la Revolución. En 1955 por pretensiones de filocomunista, según lo acusan.

El registro de las fichas, que parecen haber sido escogidas con un propósito ilustrativo y por su peso paradójico e irónico; el análisis que cierra el capítulo que las recoge, “Segunda libreta: pasta negra”, y los datos históricos – además de las anotaciones de la actividad del autor en el Archivo –, nos dejan la impresión de que se trata de una biografía y de una investigación para documentar un informe. Mientras tanto, el protagonista, que es el mismo Rodrigo Rey Rosa, continúa escribiendo – como si fueran notas al margen – algunas infidencias de su vida íntima. Además, encuentra el tiempo para leer *el*

Borges de Bioy, un ladrillo de considerables dimensiones, y apuntar algunas frases del libro que le sirven para crear un contrapunto. También anota frases de Voltaire. Así nos enteramos del transcurso de su vida cotidiana y de lo que pasa en “La isla”. Y de los descubrimientos de quienes trabajan en esas habitaciones – ex guerrilleros y humanistas –, embozados para no respirar el polvo insano, acumulado durante largas décadas en los papeles. Los datos empiezan a ocupar las páginas: la dictadura guatemalteca produjo 45 mil desaparecidos y 150 mil ejecuciones en 36 años. Luego, aparece una anotación en el diario: “Almuerzo con B+ en un restaurante de moda. Comida mediocre. Luego, en mi apartamento, prolongada sesión amorosa extraordinariamente intensa y placentera...”. Sigue el contrapunto entre datos del archivo, actividades personales y frases de *Borges*.

Los nombres de los capítulos siguientes sugieren que las dos categorías, la de la investigación en la realidad y la de la biografía anotada en el diario, terminarán por fusionarse en la autoficción: “tercera libreta, segundo cuaderno...”. El protagonista se obsesiona con los hallazgos del Archivo y con el trabajo de Benedicto Tun en el Gabinete de Identificación. En una carta enviada al Director General de la Guardia Civil, en 1945, Tun escribe: “Dos son los campos amplios que se ofrecen al trabajo del Gabinete de Identificación: El primero es el material humano que ingresa día tras día en los Cuarteles de la Policía por delitos o faltas graves, y que hay necesidad de identificar por medio de la ficha...; el otro (es el de) la pesquisa...”. De pronto, un día, Rey Rosa recibe una llamada del jefe del Proyecto de Recuperación del Archivo: ya no podrá continuar con sus visitas a “La isla”. Han surgido problemas. No dice cuales. Le informará más tarde porque sale de viaje. Quizá en este momento comienza la novela. Y el relato abandona, casi imperceptiblemente, su atadura con la realidad.

Nuestro personaje va a buscar información a otros lugares y termina por localizar al hijo de Benedicto Tun, un abogado criminalista quien lleva el mismo nombre de su padre. El autor insiste en la verosimilitud de su relato e incluye noticias frescas de los diarios: cuatro policías, acusados del asesinato de tres diputados salvadoreños y su chofer, han sido asesinados en la cárcel; un enorme hundimiento de tierra ha sucedido en la zona 6, relativamente cerca del lugar donde se encuentra el Archivo; *The Guardian*: “People still go

missing here in Guatemala...”. Se trata de otro contrapunto: las noticias actuales en contraste con las noticias lejanas en el tiempo: “Roger de Lyss, *Tiempos Nuevos*, Guatemala 1924: El indio no puede ser ciudadano. Mientras el indio sea ciudadano, los guatemaltecos no seremos libres. Ellos, los infelices, han nacido esclavos, lo traen en la sangre, es la herencia de siglos, el maldito sino que les hizo cumplir el conquistador”. El lector cree que el relato tomará un rumbo parecido al de la novela policíaca; que tal vez el asunto del Gabinete de Identificación se convierta en el leitmotiv y que la investigación de Tun y su padre llevarán al protagonista a una situación extrema o, al menos, a una historia cargada de tensión.

No obstante, Rey Rosa vuelve al mismo ritmo de escritura. Sin duda no se trata de un informe pero la historia del identificador y sus implicaciones se vuelve monótona. La vida sigue. Cena con amigos y familiares¹¹ en un restaurante después de la presentación de *Caballeriza*, otra novela de autoficción en la que el autor protagonista es también Rodrigo Rey Rosa. De pronto, lo asalta un dato inquietante: su madre, quien había sido secuestrada durante seis meses, en 1981, no había sido víctima de las fuerzas represivas del Gobierno sino de una facción de la guerrilla. Bueno, no estaba seguro, pero así se lo había insinuado una de las investigadoras del Archivo, antiguo “cuadro de apoyo” de una organización guerrillera. También le había dicho que corría el rumor entre los archivistas de que él estaba allí para identificar a los secuestradores. Esta situación, que agrega interés, desasosiego e intensidad al relato, hace pensar otra vez al lector que la historia tomará el curso de una novela policíaca; que la seducción por el trabajo de Benedicto Tun no ha sido más que un señuelo, tanto como la intención original del escritor, que deseaba indagar sobre los intelectuales y los artistas investigados por la policía durante el siglo XX.

No. Tampoco ahora sigue ese curso la novela. La narración se dispersa. Sueños, fantasmas y pesadillas atormentan al protagonista, atacado de un súbito delirio de persecución. Y ocupan las páginas de los últimos capítulos, en contrapunto con las noticias y las conversaciones con el hijo de Benedicto

¹¹ Cuyos nombres verdaderos utiliza para darnos la sensación de que escribe una biografía.

Tun, quien aporta algunos datos de la historia política de Guatemala, quizá relevantes. Philip Alston, el relator de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, dice: “Este es un buen país para cometer un crimen”. El regreso al Archivo se vuelve escabroso. Rey Rosa, el personaje, descubre que proteger a Pía, su amada hija, le produce ansiedad. Se va a París. Luego visita Poitiers y Lucca. Se reúne con viejos amigos. Conversa con el editor de Gallimard. Discute sobre política: Irak, Haití, Guatemala. Regresa al país. B+, la amante elusiva, aparece de vez en cuando. Reuniones con el hijo del antiguo jefe del Gabinete de Identificación. Luego otra vez Voltaire. Y Pía, que duerme plácidamente. B+, noticias, Voltaire, Tun, Pía. La historia se diluye en esa nueva cotidianidad, marcada por los espectros del Archivo. El escritor concluye que la importancia de esos documentos es innegable. También que no ha podido escribir una novela a partir de todo lo que ha descubierto en “La isla”. Eso dice. Una paradoja. Hacia el final anota una frase de Kenko: “La cosa más preciada de la vida es la incertidumbre”.



€ 8,00

EDUCatt
Ente per il Diritto allo Studio Universitario dell'Università Cattolica
Largo Gemelli 1, 20123 Milano - tel. 02.7234.22.35 - fax 02.80.53.215
e-mail: editoriale.dsu@educatt.it (produzione); librario.dsu@educatt.it (distribuzione)
web: www.educatt.it/libri
ISBN: 978-88-8311-848-7

ISSN: 2035-1496